

# Psicoanálisis de coca y bravura

José Gutiérrez

*Psicoanalista, miembro de la  
Société Internationale d'Histoire de la  
Pyschanalyse*

Un estudio puntual sobre los niños callejeros de Bogotá conocidos como *Gamines*, que realicé en 1965, estimuló mi retentiva para cuanto indica cierta inclinación colombiana a la aventura; y sin suponer que pueda tener una influencia primordial en nuestra idiosincracia, creo que se la relega debido al muy general concepto de la *modorra colonial* que aún parece impregnar a nuestras clases dirigentes. Desde entonces me ha parecido notar un descuido de este factor en algunas investigaciones de la historia y la sociedad colombianas, debido quizás a que, en efecto, no cuesta estar de acuerdo con el historiador Jaramillo Uribe, sobre cómo tres centurias de dominación colonial sólo nos dejaron una clase gobernante empobrecida, sin imaginación ni ambición.

Ante todo diré que con tal letargo contrastan manifestaciones de audacia y atrevimiento como los de los *gamines*, pues lo primero que sorprende es cómo la triste condición de estos niños no se debe al simple desamparo de sus padres, de quienes huyen, y con ellos de toda autoridad, a una edad a veces inferior a los cinco años. En efecto, la errancia que caracteriza a los miembros de las *galladas* se aleja de la típica mendicidad, pues la pasa procurándose la vida con toda clase de actividades delictivas, pero su desdichada situación vital no es simple azar. Desde hace siglo y medio el fenómeno se repite idéntico, y de su persistencia debe culparse ante todo a la sociedad, cuya incapacidad para proteger a los niños se pone de bulto al saberse que en general huyeron de sus casas por el sadismo de sus mayores. Algo, a más de la miseria, condujo a la calle a estos desvalidos, cuanto a la vez impetuosos retoños, y su caso especial muestra, llevándolos apenas a un extremo, un rasgo de dicha idiosincrasia. Parecidas muestras de atrevimiento a las de la vida *gamin* pueden verse en algunos hechos de la actualidad nacional. Inmigrantes a las ciudades, vendedores ambulantes, minifundistas y colonos, intervienen en ellos, así como guerrilleros, bandoleros, y, naturalmente, los varios

personajes relacionados en una u otra forma con la coca: *mulas*,<sup>1</sup> tal cual emigrante del país, muchos narcotraficantes y no pocos cultivadores y, por último, los llamados *sicarios*.

## Atrevimiento, de la calle al diván

No he encontrado evidencias de que en los veinticinco años siguientes me hayan disuadido de creer en la importancia de tal tendencia a la aventura. Y si no pude transformarla en una verdadera hipótesis de trabajo e investigación, en el ejercicio del psicoanálisis como profesión siempre, antes de pensar en alguna forma igualmente poco concreta sentí que tal inclinación podría haber impreso su huella aún allí donde faltaba del todo el entusiasmo. Incluso en las frustraciones de muchos individuos, de suerte por completo ajena a la de los *gamines*, ante casi cualquier abulia de mis pacientes, y pasando por los dolorosos vacíos que en cuanto muestras de humor taciturno se palpan a veces por largos períodos en el psicoanálisis, creí presentirla. Me pareció verla en ocasiones, incluso cuando algo me hacía pensar en un negativo demasiado sugerente de la excitación *gamin*: cuando ciertos pacientes, al no conseguir avanzar, al menos visiblemente, hacían que en sus oquedades irregistrables el lapso de las sesiones analíticas pareciera propio de tratamientos interminables, y se prestaba para poder afirmar que en tal lobreguez o apatía había sólo una carencia absoluta de atrevimiento.

Y aunque al mundo de los rapaces y al de quienes aspiran a guiarse por las enseñanzas de Freud parecen separarlos siglos y continentes, para percibir su disonancia basta no asimilarlos. La combinación de la observación sociológica con una práctica clínica privada como la que caracteriza al psicoanálisis, resulta inevitable de querer ejercerlo de modo no rutinario y alejado de convertirse en simple sistema de consuelo disfrazado de curiosidad científica. Mal podía serme atractivo evitarla, como lo logra la política, sobre todo en una época de grave crisis general; ni intelectualmente podía tranquilizarme, cuando nuestra sociedad se debate en medio de la violencia y cunden las violencias a los derechos humanos. Pero, igualmente, por comulgar con una ideología que descrea de las bondades sociales de los privilegios, experimenté siempre, sin digresión alguna, una inquietud que sólo se compensaba con la reflexión de que hay sin duda razones muy poderosas e inmunes a cualquier quimérico deseo de mejora social para que, pese al perturbador contraste entre miseria y opulencia bogotanas, muy pocas cosas cambien en la vida pública y en las costumbres generales en la Colombia de la segunda mitad del siglo XX. O, al menos, para que el ponerse a tono con los imperativos del siglo, sólo se logre aquí de la manera más leve y epidérmica, que suscita extrañeza en cualquier otro país. Así a partir de 1930, y década tras década el producto nacional bruto se haya doblado varias veces, sólo una muy bien llevada política de limitación a la natalidad ha podido conseguir, muy a pesar de

---

<sup>1</sup> Nombre que se da a quienes los narcotraficantes utilizan para llevar ocasionalmente la droga al exterior.

la Iglesia, que el aumento poblacional no hiciera nugatorios los beneficios de la mayor producción, y junto con la multiplicación de los gastos militares, lograra que el sistema socio-político subsistiese sin mayores cambios.<sup>2</sup>

## Gamines y doctores

Para muchos *doctores*, como suele decirse en la *lleca* de los *gamines*, que designa como calle (en *verlang* o *langage a l'envers*, al revés), a la vía pública convertida en *hogar* por la imaginación de las infelices criaturas —y en el campo—, o bien para derrelictos<sup>3</sup> de los que pueblan aquella, medio siglo transcurrido desde el estallido de la segunda guerra mundial, nada ha alterado: se nace y muere oligarca o pobre de solemnidad igual ahora que antes en Colombia, y en cuanto a formas de vida y desarrollo social, la vida colombiana se desliza en el mismo panorama desde hace mucho tiempo.

Tan evidente es tal estancamiento de la evolución social, que me excusa de lamentar demasiado que las observaciones sobre la inclinación a la aventura no se acompañaran de registro regular y minucioso: son sólo excepciones. Así como lo es en sí misma la persistencia del *gaminismo*. Un cierto atrevimiento de algunos no altera el discurrir general de la vida pública en Colombia, y la segunda mitad del siglo se ve muy poco realmente nuevo en las costumbres generales; y si bien ello justifica que nunca olvidara yo aquel estudio de los *gamines*<sup>4</sup>, explica también porque siempre al atender la consulta analítica, constituida como es general por solicitudes de pacientes que desean librarse de los síntomas neuróticos, me impresionara cómo los consultantes sólo buscan comprender las razones de uno que los resume: la infelicidad, comprendido siempre de varios otros claramente delimitables. No menos triste que la miseria inalterable de la vida *gamin*, este último resulta particularmente doloroso y vago, y en su conjunto todos hablan de múltiples frustraciones. Al modo como en general se cita en Bogotá el refrán *aquí no pasa nada ni nadie se desacredita del todo, pues son los mismos con las mismas*, evocan de una manera imprecisa la inercia social. Y si bien pasa mucho, claro es, una cierta inalterabilidad de lo colectivo proviene de que los mismos prestigios políticos suscitan iguales caudillismos, que se heredan en general sin beneficio de inventario ni renovación alguna, cuando los *totems* para el dominio (*ospinismo*, *laureanismo*, *turbayismo*, *lopismo*, *galanismo*, etc) funcionan en torno a personajes a veces ya fallecidos. La Colombia de la segunda mitad del siglo xx, aparece gobernada por un grupismo que al subsistir pese a todo resulta cabalmente incomprensible fuera de las fronteras.

<sup>2</sup> Según los investigadores Urrutia y Berry, *La distribución del ingreso*, La Carrera, Bogotá, 1975 la influencia de la limitación natal en el ingreso, hizo que este último no se deteriorara gracias a la primera. Y en cuanto a gastos militares, en 30 años se multiplicaron mucho, así como lo hizo en más de diez el pie de fuerza del ejército y policía.

<sup>3</sup> Abandonado, según el Diccionario R.A.L. (ed. 1958). Derrelinquir, el verbo, proviene de la náutica y se aplica al barco abandonado en alta mar.

<sup>4</sup> Ver del Autor *Gamín*, Mac. Graw-Hill, México, 1973.

## Más acá del principio del placer

Y sin que falten, en materia de felicidad y amargura, diferencias visibles entre los dos mundos, el de *gamines* y el de freudianos, cuando tiende a saturarse de excitación el júbilo *gamin* tiene mucho que enseñar a nuestra doctoral sensibilidad: en cuanto al goce proveniente de nimiedades a menudo despreciadas por la entretención masificada, los habituados a radio, televisión y cine sabemos cómo de ella sólo se pasa, súbitamente, al tedio irredimible.

Situaciones a las que nada distinto de la fortuna y la afluencia han conducido, se vuelven sin salida por una especie de embotamiento mutilador de los panoramas vitales, pues dígase lo que se diga, la neurosis es un fenómeno de la abundancia. De allí proviene mucho del desesperado atractivo del modo de vida *gamin*. Lo cual, obviamente, no implica que el *gaminismo* pueda contener algo como un oculto poder curativo sobre esta última, ni que la agresividad permanente de aquellos *enemigos de los ricos*<sup>5</sup> pueda hacer cosa distinta que exacerbar las tensiones del conflicto social.

Pero la reflexión de si será tan universal el símbolo del rapaz como para que una urbe como Milán lo inscriba en su escudo en la boca de un dragón, no deja de suscitarse. Su proveniencia allí del emblema de los Sforza hace pensar "en si el *pupulus* es tragado o escupido por el monstruo"<sup>6</sup>, quizás, que el primero, para apaciguar al último debe desconcentrarlo.

Sin necesidad de mitificar a nuestros desdichados niños, debe reconocerse que su papel en la vida ciudadana sobrepasa, y con mucho, la magnitud del problema: como ya se dijo antes, el perseguido niño de la calle sirve para recordar a todos el peligro de derrumbe social que estriba en una inquietud incontrolable. Todo infante colombiano por candidato a doctor que sea, debe ser juicioso tanto en la vida familiar como en la escuela, o el parque público, porque en general el impaciente adulto exige una adaptación estricta a las normas. Sólo que cuando dicha adaptación falla, hay en las banda de los *gamines*, o *galladas*, una contra-sociedad siempre lista a la ayuda mutua.

Sus primeras huellas en la historia se remontan por lo menos a mediados del siglo pasado, en las crónicas del periodista Januario Salgar sobre *el chino de la calle*. Y al llegar la insolidaridad social a una cabal deserción —y que la sociedad se niega a ofrecer alternativas para quienes deben abandonar su familia—, la herencia de las condiciones anómicas, a lo largo de los tiempos produjo la reproducción sucesiva

---

<sup>5</sup> Según las palabras de uno de los sujetos estudiados, para autonombrarse. *op. cit.* p. 4-6.

<sup>6</sup> Según comunicación personal del filósofo BRUNO MASSOLDI, del 30 de julio de 1990. Agrega el profesor de la Universidad de Nariño: "El infante milanés marca, como el rapaz bogotoano, el no lugar de la ruptura del auroburus de la capicúa, y, como el hindú, el momento detonante en que el fuego consume el lugar de la palabra para todo dragón que se respete, es decir que no sea lagarto".

de la *gallada*, que desafía todos los poderes, para volverse prácticamente irreductible... al menos por la fuerza.

Erinias martirizantes que se vengan diariamente de quien los olvida demasiado, sólo un régimen en donde impere la brutalidad asesina podría asustar efectivamente a los *gamines*, como ha acontecido en los últimos tiempos con la proliferación de los *escuadrones de limpieza*, asesinos de vagos, dementes y maleantes, que buscan limpiar de derrelictos las calles de Bogotá y otras ciudades del país. Con todo, están lejos de evaporarse.

Y por si se debiera, para disuadir cualquier propaganda al *gaminismo* agregar algo a ésta, vedaderamente última razón, contra toda prédica o regusto ligero en favor suyo puede decirse que su sarcasmo a ningún rigor conduce; como el que la difícil elucidación de los complejos problemas de un país de magnitud y las disparidades de la Colombia del final del siglo, exige. Inteligentísimo gesto que no se detiene ante prestigio o autoridad alguna y heredera de una tradicional mordacidad, su acidez disolvente, al carecer de verdadera sagacidad e ilustración nada contruye, ni permite descifrar las complejas urbibres de la trama ideológica y propias de la perduración del sistema. Tal sesgo generalmente contribuye más bien, por alguna deriva impalpable, a siempre fortalecerlo: si como lo demuestra J. Meunier<sup>7</sup> aparece al cierre de los orfanatos consecutivo a la miseria resultante de la guerra de la Independencia, sólo florecerá a la llegada de los conservadores al poder luego de los errores del último presidente liberal, Otálora<sup>8</sup>. Poco después adquirirá su sentido disolvente. Con el final del período liberal ese siglo, y el triunfo total del partido clerical, viene la implantación del autoritarismo de la Constitución de 1886, y el fracaso de todas las protestas oblicuas, como por antonomasia lo es cada salida de los *gamines*. Ellas siempre resultan en reforzar los argumentos en favor de tal sistema, que con leves reformas dura tanto como los *gamines*.

## Hasta llegar a la atrevida coca

Falto de una previa descripción del panorama general contra el que se endereza la protesta, el atrevimiento anti-autoritario fácilmente resulta opaco, y tanto más de ser ella inefectiva y destinada al fracaso. Del *gamín*, debemos pues, ir primero al *doctor*. O sea, al tratar de entender las directrices de la cultura oficial, supuestamente destinada a iluminar nuestro suelo con la técnica y la ciencia modernas. En seguida, a donde parcialmente están ellas: a los privilegios, sin descuidar al café, que tanto por su importancia histórica como por su significado económico y social parece contradecirlos; para volver luego a cuando indica protesta e infracción, en donde la coca eclipsa al anterior, en cuanto a otorgar a Colombia cierta notoriedad mundial.

<sup>7</sup> Ver J. Meunier, *Les Gamins de Bogotá*, París, 1978.

<sup>8</sup> En T. Rueda Vargas, *Los coches de Bogotá*, en N. Bayona Posada., *El alma de Bogotá*, Impr. Municipal, 1938, pág. 286. puede verse reflejado esto.

Pero antes hay que reconocer que los *gamines* ya no aterran tanto como en 1965. Al aumentar la capacidad del Estado para lidiar con el criminal sadismo de algunos padres, y disminuir (así fuera mínimamente) la rigidez del sistema educacional, soluciones diferentes a la *gallada* pudieron ser encontradas en algunos casos. Igual, con la menor deficiencia de los recursos disponibles en la psicología, la psiquiatría, el trabajo social y la medicina infantil. Pero, el *gaminismo* dista mucho de haber desaparecido, pues quizás sigue siendo el mismo el número de niños errante, y de *galladas*; y, al respecto, lo positivo estriba en no haber aumentado tanto como pudo haberlo hecho en un cuarto de siglo. El síntoma social que representa, persiste y con él su significado dentro de un conjunto de *atrevidos*, con quienes los *gamines* tienen rasgos en común.

## Conocimientos para la modernización

Si algo demuestra la existencia del *gamín* es el fracaso del sistema educativo. Pero los pocos millares de niños errantes no son los únicos en padecerlo: con su objetivo piramidal, y muchísimos estudiantes en los primeros cursos y menos y menos hasta llegar a muy pocos en los últimos, el evidente arcaísmo de nuestros medios usuales y ordinarios de enseñanza hace que apenas algo como el uno por ciento de nuestra población tenga finalmente acceso a las universidades; y con él al codiciado título de doctor.

Y cada día que pasa se agrava un monopolio aún peor que el del acceso a los diplomas: aquel de los verdaderos conocimientos. Es una mar la laguna que pone la técnica en Colombia fuera del alcance del común de los mortales. En los terrenos de la enseñanza puramente estructurada, o en los supletorios, lo logrado respecto a la urgente necesidad de transformar la mortalidad selectiva de los educandos, es nada. Nuestra universidades ofrecen muy pocos cursos de postgrado, mas sin necesidad de ellos por el título de *Doctor* entendemos en cada rama de los estudios superiores un timbre de amplia resonancia, que, por cierto, al no ser obtenido sustentando una tesis original, ni venir respaldado por un currículo suficiente, mal puede pretender convalidarse con los doctorados de otras partes del mundo. Pero el sentido elitista de todo progreso educacional entre nosotros, antes de traer elevación general del nivel de vida, o estímulo al desarrollo económico y social se traduce de modo inevitable en un ascenso social individual. O bien abogado, ingeniero, economista, o electricista o mecánico, nuestro *Doctor* ostenta cierto poder, pero ha obtenido el título a base de laxas calificaciones, y bien conocida es la broma del que pregunta a un *gamín* que así lo llama: "¿Cómo me reconoció y supo que yo era *doctor*?" "Fácil, responde el niño. Aquí se le dice así a cualquier H.P."

¿Para qué necesitamos tantos doctorazgos, o sea, para qué queremos envolver así a casi todos nuestros grados universitarios? ¿Acaso tras del apego al prestigio del título, que otorga preeminencia para muchas veces anquilosar al *Doctor* en su saber, no se esconde también la vieja tendencia a quedarse en la ignorancia?

Nada menos que el más notable de nuestros investigadores, Don Rufino J. Cuervo —por su parte un pilar de los valores en que se asienta nuestra tradición

cultural—, hubo de encabezar una de sus obras más importantes, la *Apuntaciones críticas al lenguaje bogotano* con la suerte de emblema de su “es el bien hablar una de las más claras señales de la gente culta y bien nacida”; declaración de principios que a pesar de su tendencia oligárquica lo lleva a realizar una de las más influyentes y extensas obras emprendidas en territorio hispano-parlante en favor de la conservación y estímulo de la lengua. Y que este libro influya sobre los “pergaminos” de nuestra cultura, muestra sin duda cuánto esfuerzo hay por realizar no sólo para actualizar dicha labor de Cuervo, y tendiente a atenuar la influencia de un formalismo que entraba la expresión de una autenticidad nacional, ¡sino para llegar finalmente a lo popular! Debido quizás entre otras influencias a la de la nueva novelística latinoamericana, tal formalismo, sin alcanzar la misma pesantez que hace medio siglo todavía entorpece tanto la difusión de los conocimientos como su aplicación técnica. Se refugia en mil facetas que, aunque siempre relacionadas con la reserva del saber, a veces nada tienen que ver con la corrección del idioma y menos con su preservación como fuente del sentimiento nacionalista.<sup>9</sup>

## Saber y mandar

Para Cayetano Betancur, el primero en señalar las consecuencias sobre los valores de tal tendencia a convertir la cultura en fuerte de poder, “la autenticidad es algo más que sinceridad [...] una forma muy vecina de la sinceridad es la lealtad [...] la conciencia el distintivo del talento [...] permite que se desarrolle y prospere lo contrario de la autenticidad [...], la simulación”.<sup>10</sup>

Siguiendo inspiraciones fenomenológicas—de Husserl y Scheler—, el abogado antioqueño parecía prever en 1955 y con anticipación de más de una década, una etapa de la vida colombiana en que bajo el pacto de los dos partidos tradicionales destinado a poner fin a la suerte de guerra civil de la segunda mitad de este siglo y conocida como La Violencia, se iban a repartir en mitades iguales los puestos públicos, para incrementar al máximo toda clase de simulaciones. No dudaba en oponer a Bogotá con Antioquia:

“En Antioquia existe una tendencia a subestimar lo que no es debido al esfuerzo, a la continuada disciplina [...] en Bogotá es frecuente encontrar como normales dentro del mundo moral, gentes en las que muy pocos actos de verdadero carácter, de imposición a las más hondas inclinaciones, de formación espiritual en suma, pueden hallarse [...]”<sup>11</sup>

<sup>9</sup> Ver al respecto de I. Chavez, *Acerca de la enseñanza de la lengua y la literatura.*, Inst. Caro y Cuervo, Bogotá, 1989. Dice: “Tiene la lengua la enjundiosa tarea de portar y transmitir los valores morales y las estructuras axiológicas [...] No es circunstancial ni fortuito que sea la lengua materna la primera estructura que suelen agredir los poderes y las fuerzas de todos los imperialismos.” pag. 12.

<sup>10</sup> Cf. Betancur, *Sociología de la autenticidad y la simulación*, Bogotá, 1955, pág. 13-14.

<sup>11</sup> Cf. *Op. Cit.*, pag. 84.

Quizás Betancur, el pensador, sólomente continuaba en ésto las sagaces contraposiciones del sociólogo Luis Eduardo Nieto Arteta, quien en 1942 atribuyó un origen socio-económico, y geográfico, a la dicotomía entre "gana y voluntad" aducida por el fenomenólogo antioqueño, y hablaba de una oposición entre el Oriente y el Occidente del país:

"La única explicación del progreso del Occidente colombiano es [...] la no existencia del latifundio. Caldas y cierta región del Valle son los sectores de nuestra economía agrícola en los cuales la propiedad territorial está más dividida. El pequeño campesino es la fuerza pero también la grave debilidad de Caldas. Si la economía agrícola del Occidente se ha transformado rápidamente en una economía industrial y no simplemente manufacturera, esa transformación se explica por las condiciones que facilitan una mayor intensidad en el proceso de desarrollo de la economía nacional. En el Oriente la economía agrícola anticolonial sólo produjo la manufactura. En Occidente ha ocasionado la fábrica."<sup>12</sup>

Nieto Arteta encontró pronto un destacado seguidor en el historiógrafo norteamericano J. J. Parsons, quien tras subrayar la influencia del colonizador Robledo y del excelente administrador Mon y Velarde, así como la de la aniquilación de las poblaciones indígenas, atribuye a la persecución de los vagos, al oro quimbaya y a la reforma agraria la fundamentación de una ética que, "desde temprano [dio] un impulso a la tradición democrática del trabajo en Antioquia, que hace fuerte contraste con la estructura clasista del sur y el este, donde el elemento indígena se ha mantenido más numeroso."

A partir de entonces se ha escrito mucho —y exagerado todavía más— sobre la mentalidad modernizadora paisa, como antagonica del engolamiento rabulesco propio de la etapa colonial, y en loa y aprecio de la técnica; y sobre todo de la aspiración a un saber al alcance popular. Escritor ha habido, como O. Fals Borda, que simplifique la supuesta antinomia Antioquia-Oriente del país diciendo que mientras en el último predominaron encomiendas y haciendas, en la primera no existió "el orden señorial". Y tampoco faltó quien diera una explicación "weberiana" para la "ética antioqueña", atribuyéndole virtudes "desarrollistas". En realidad, tal mentalidad es muy reciente. Según H. Pierce, en los albores del café, con la necesidad de trabajo cierto se propagó el pago con tierras a mano de obra para caminos y vía férreas, y se despertó el afán de lucro y trabajo.<sup>13</sup> Descontando el enorme impulso que para la industrialización de Antioquia tuvo la política de capitalización del reintegro de las existosas exportaciones cafeteras durante el período de 1920 a 1960, en todo caso queda en pié, que tanto a un lado como al otro

<sup>12</sup> Ver de Nieto Arteta, *El café en la sociedad colombiana*. Brevarios, Bogotá, 1958, pág. 30.

<sup>13</sup> Ver de J. Pearce, *Colombia inside the labyrinth*, London, 1990, pág. 28.



del río Magdalena, y al norte como al sur de Colombia subyace un anhelo de un saber sin trabas. Naturalmente tal inspiración fue más notoria en dicha región mientras era un fugaz polo de desarrollo. Pero por todas partes se querría tener un conocimiento antes para beneficio general que para lo libresco.

Como Nieto Arteta señala, el ideal letrado pudo ser anterior al nacimiento de la nacionalidad, pues a finales de la vida colonial había por sobre todo una aspiración criolla de defender el grupo de abogados y comerciantes, frente a las restricciones de una economía colonial.

## El aprecio del saber

Para seguir el hilo de estas ideas vale la pena ir al origen del aprecio colombiano por el saber, o por la apariencia de éste. En su *Vida de Rufino Cuervo* cuenta el mismo R. J. Cuervo que en “aquella edad de oro”

“[...] el común de las gentes miraba, no ya con respeto, con veneración a los hombres instruídos o que pasaban por tales, connotando con el calificativo de sabio algo como general concordia otra cosa que alguna jácara, ensaladilla o pasquín con que unas familias despocaban con otras, al fin como en población donde todos se conocen, y que corría de boca en boca alimentando la inocente malignidad de la gente buena.”<sup>14</sup>

Tal visión eglógica se refiere a una época que nuestro sabio conoció sólomente a través del lente de la tradición familiar, y para cuya interpretación se muestra harto influido por las observaciones de Miguel Cané, el primer extranjero que hablo del *estatus* del saber en Bogotá, pero se equivoca mucho en cuanto al papel social de nuestros “doctores”. Lo que resulta incomparablemente interesante en las palabras citadas —que por cierto también muestra el peso de las observaciones del mismo escritor que supo señalar muy bien la terrible capacidad de acumulación de odios que reinaba en la quietud santafereña—, es cómo el saber era motivo de interés público: como lo demostraba, según él mismo, que don Rufino, su padre, “desde el punto que se graduó [...] nunca dejó de anteponer a su nombre el título de *Doctor*.”

Allí comienzan a plasmarse nuestros rasgos sobresalientes, que precisamente Rufino José ejemplariza relatando las primeras escaramuzas que en la lid ilustrada librase el prominente joven Rufino Cuervo poco antes de la Independencia:

“El principal móvil con que se trataba entonces de estimular a los jóvenes al trabajo y a adquirir buen nombre, era la emulación, tanto en el mismo claustro como en los demás de la ciudad [...]

<sup>14</sup> Ver R. J. Cuervo, *Vida de Rufino Cuervo*. Inst. Caro y Cuervo, Bogotá, 1987, pág. 11.

por eso era indispensable que los colegios tuvieran biblioteca [...] cobraban estos actos mayor importancia con la rivalidad que existía entre los colegios del Rosario y San Bartolomé, pues era uso establecido que los estudiantes del uno habían de ir a replicar a los del otro, y esto en medio de una gran concurrencia y delante del cuerpo docente de la ciudad y de las primeras autoridades del Estado y la Iglesia. El público se apasionaba tanto en estos torneos literarios, que se mostraba en la calle al vencedor y al vencido. El laureado estaba seguro de ser bien acogido hasta en las casas más distinguidas, y agasajado de todos, entraba de hecho a la aristocracia del talento, superior entonces a la del dinero, y hallaba abierto el camino para una lúcida carrera pública.<sup>15</sup>

La carrera del padre de nuestro admirado sabio, fue de verdad muy lúcida, pues el 18 de octubre de 1825 recibiría la adjudicación de 20.000 hectáreas de terreno baldío, como premio a su fama de letrado. ¿Faltaría luego quien aspirara a imitarlo?<sup>16</sup> Tal como se desprende de las observaciones sobre el prestigio del saber en Bogotá del argentino Cané, tal característica colombiana se convierte en fuente de poder. Ello nos marca y coincide, aunque quizás a contrapelo, con el conocido mito de la "Atenas Suramericana".

## Partidos y letrados

Explica también Rufino José Cuervo cómo una parte de la clase intelectual se hizo pronto a las ideas democráticas: por el camino del influjo que tuviera aquí la Revolución de Cádiz. A diferencia de otros países entre nosotros el catolicismo no fue enemigo de la emancipación de España, sino lo contrario; y a pesar del enorme poder clerical ninguna ojeriza hubo entre la Iglesia y los próceres. Por ello quizás, nuestra alta clase *criolla* acogió entusiastamente tanto los propósitos de los revolucionarios de América del Norte como la declaración francesa de los Derechos del Hombre. En cambio, inmediatamente después de la Independencia de la revolución gaditana habría sido capaz de despertar una pasiones que no podían haberse presentado en la joven república con la rapidez con que cundieron, de no haber sido por influjo. ¿Puede tal influencia haber gravitado más —como quiere Cuervo— para la propagación de un liberalismo anglo-francés, de Montesquieu a Bentham, que cuanto pretenden quienes atribuyen nuestros balbucesos en el antagonismo partidista sólo a enfrentamientos de personalidad entre los fundadores de la nacionalidad, cuando no a la influencia de chismes y bajas pasiones? La pugna ideológica, en todo caso, comenzó desde muy temprano, y sus resultados serían sangrientos: Colombia se lanzó a un enfrentamiento entre partidarios del clero y liberales partidarios de la educación laica, que estimularía todas las guerras

---

<sup>15.</sup> *op. cit.* pág. 20.

<sup>16.</sup> *op. cit.* pág. 37, nota 9.

civiles. La pronta aparición en Colombia de una especie de *carlismo* criollo, que mostró aquí igual pugnacidad —y antes— que en la península ¿acaso no indica la necesidad de precisar las consecuencias de una querrela de intereses nacionales en el seno de una Iglesia formada no sólo por curas patriotas sino por órdenes religiosas? Nuestra *desamortización* de los bienes eclesiásticos vino un cuarto de siglo más tarde que la española, pero ya antes ellas se mostraron amenazadas, y no tanto por acontecimientos locales, sino por los desarrollos políticos y por la posible propagación del remezón de ideas ocurrido en España. Quizás, cuando las órdenes pasaron a una autonomía no buscada quedaron huérfanas de sus mentores españoles. Piénsese en lo que sentirían algunos de sus miembros en una época en que para muchos propósitos la formación provenía de allá.

Ciertamente, dichas pugnas hubieran podido aguardar años a que verdaderos conflictos socio-económicos las sustentaran aquí, de no ser por otros factores aún no estudiados. Como su sugirió A. Tirado Mejía, habría que estudiar tal influencia liberal española para comprender cuanto se refiere entre nosotros a las ideas democráticas. Hay que recordar que Bolívar en el primer aniversario de la batalla de Boyacá se refirió a dicha revolución de Cádiz. Habló de tal batalla como *la que ha dado la vida a Colombia y la libertar a España*, aludiendo al abandono de la derrotada *pacificación* por las tropas de Morillo, para reunirse a la revolución triunfante de España. En fin de cuentas, a ello se debió la famosa entrevista de Santa Ana.

No fueron pocos los patriotas que soñaron en la conjunción de las dos causas. Y cuenta Cuervo que el himno de Riego llegó a ser cantado popularmente entre nosotros, alcanzando a veces mayor difusión que las propias canciones compuestas entonces a nuestras tropas libertadoras. Compárese ese ambiente de atención extrema hacia cuanto sucedía en la península, con, por ejemplo, el caso de México tal como la Marqueza de Calderón de la Barca pinta la llegada del primer embajador español. Esa insigne cronista inglesa fue testigo de excepción sobre la reanudación de las relaciones entre tal país y España pues había viajado allí acompañando a su esposo, a quien cupo la tarea de ser el primer embajador de la corona española después de la Independencia. Sorprendía enormemente a la objetiva escritora la recepción de las masas indígenas y de los funcionarios mexicanos, para quienes los años transcurridos representaban un completo vacío: pues allá la ruptura había sido total.

Tras implantar la *desamortización* de los bienes de la Iglesia en favor de la alianza de cierta aristocracia con la burguesía, las reformas peninsulares de 1837 avivaron el anhelado retorno emocional de algunas órdenes religiosas a una órbita que desaparecía no sólo por la creación del nuevo Estado sino por abandono del otro, el español. Muchas aspiraciones clericales quedaron seguramente desamparadas con tal distanciamiento, y las luchas entre Iglesia y liberalismo en Colombia se iniciaron pasando por las coordenadas de Cadiz y Cabezas de San Juan. El tema desborda los límites de esta líneas, pero merece mención especial pues en materia de ideas y relaciones entre Colombia y España, quizás tales tribulaciones clericales de los comienzos de nuestra vida republicana expliquen mucho de la emocionalidad partidista entre nosotros y aclaren el origen de la pugnacidad

alcanzada entre los varios intereses que sin duda contaban y que contribuyeron a darle signos particulares a la nacionalidad, si bien han teñido de trajín con las ideas de un trágico tinte.

## La ley secuestrada

Como lo anota sagazmente el profesor de la Universidad de Yale, Robert H. Dix, los males vienen de lejos. Por ello vale la pena seguirlo con toda atención cuando describe —con duras palabras— nuestra curiosa devoción por la política, en una sociedad que prácticamente desconoce el dedicar la vida con fervor y orgullo al servicio público:

“Para los colombianos un puesto burocrático implica cierta posición social. Aún el más simple empleo es por lo menos una ocupación de lustre social [...] El gobierno, y quienes están en él son propensos a ser mirados como fuente de favores o beneficios antes que como vehículos de público servicio. Ello rima con una cultura política que menosprecia al “anónimo”, lo mismo que a los esfuerzos comunes en pos de objetivos comunes, pero en cambio impulsa los parentescos y los lazos de paisanaje. Si la administración colombiana no tiene fama de particularmente corrupta [en 1967], las “conexiones” (palancas), regalitos y sistemas similares de valimiento para la influencia privada y el privilegio son generales. Adicionalmente, la importancia de la rama ejecutiva significa que los puestos clave no están en la legislatura sino en las dependencias gubernamentales donde son aprobadas las licencias, ejecutadas las regulaciones y zanjadas las disputas laborales. Es por tanto usualmente más importante tener influencia en la administración que ejercer presión sobre una comisión congresional o que alcanzar el favor de la opinión a través de una campaña de relaciones públicas. En resumen, es más deseable hacer parte del “ejército de ocupación” que captura la rama ejecutiva.”<sup>17</sup>

En la actual hora política colombiana es fácil encontrar cómo el lustre proporcionado por la figuración política se aleja vertiginosamente del anterior esplendor culterano, que hacía de la eminencias jurídicas los poseedores de todas las fórmulas para salir de las encrucijadas, resolver los conflictos y zanjar las disputas. Sin embargo, antes que haber aclarado el mito, quizás hemos perdido de el sólo lo menos nocivo, conservando la parte que favorece la corrupción y la venalidad de los funcionarios públicos, para dejar prácticamente incólume el aura de misterio que hace del conocimiento una materia reservada. No en vano Colombia ac-

---

<sup>17</sup> Ver de D. H. Dix, *Colombia, political dimensions in social change*, Yale U. Press, 1967, pág. 180.

tualmente sigue dominada por lo precriptivo y lo metodicista, haciendo de la técnica y la ciencia cosas misteriosas y fuera del alcance de los comunes mortales, así como del político un mero abogado mediador con los intereses privados —y del abogado experto en las normas del Estado, un político nato. La mitad por lo menos de nuestros presidentes ha pertenecido a dicha profesión, lo cual nada tendría de malo si las universidades hubieran podido superar el énfasis rabulesco, pero no lo han hecho sin que por ello la justicia colombiana florezca como debiera.

## Cuando la norma rinde

Puede decirse que el saber abogadil que tanto nos influyó, y que aún nos influye para mantener al ciudadano común alejado del conocimiento de los problemas del país, e insensible a sus soluciones, lleva aún cierto sello del ejercicio de la abogacía en condiciones coloniales. A lo largo de la historia fue además marcado por el Código Civil de Bello. Aunque éste data apenas de 1887, llenó un vacío notado desde la época de Santander, pero que no se colmó antes por razones políticas y religiosas: pues para librar *la batalla de Bentham* como si hubiera existido el peligro de ser regidos por las codificaciones que para Inglaterra impartiera Jeremías Bentham, las invocaron los conservadores. Quizás sólo en su cabeza existió ese peligro, ya que como se sabe, a pesar del *carlismo criollo*, cuando Santander intentó una codificación quiso más bien basarse en el código napoleónico, porque el sistema jurídico francés se acercaba más al nuestro que el inglés.<sup>18</sup> En todo caso, hasta cuando el nuñismo implantara los reglamentos de Bello en todo el país, nadie había podido traducir del francés con arte y precisión ordenamientos jurídicos que hacían inmensa falta para el comercio internacional y para otras relaciones mercantiles, y que él diseñó primero para Chile, donde sus normas además contemplaron localismos geográficos (como lagos) que sobran aquí. Ya para 1887 tal codificación había sido ampliamente probada en Cundinamarca y Panamá, y obraría, a pesar de lo tardía, influyendo en el conjunto. Quedó hondamente marcada en la idiosincrasia nacional, pues muchas veces su excesivo rigorismo reduciría el ejercicio del derecho al uso exclusivo de un sistema de equivalencias u oposiciones entre infracciones y normas, sanciones o validaciones. “El estudio del Código y de sus principios fundamentales implícitos —dice el investigador Dennis O. Lynch también de la Universidad de Yale— ha dominado el contenido de la educación legal durante casi un siglo [en Colombia].” Y agrega:

“Los jueces están para interpretar las normas en su sentido literal. La doctrina o jurisprudencia pueden ser utilizadas para aclarar el sentido literal de la norma, pero el propósito de una ley o su espíritu pueden consultarse únicamente cuando otras fuentes dejan vaguedad sobre su sentido literal. La costumbre sólo es importante en situaciones en las cuales no hay disposición aplicable en los códigos. Aún en estas situaciones el juez debe

<sup>18</sup>. El propio Rufino Cuervo fue encargado de ello. Cf. R. J. Cuervo, *op. cit.*, pág. 99.

deducir el resultado acudiendo a los principios generales que dan al código su consistencia lógica. Estos principios son igualdad formal ante la ley, propiedad privada y los preceptos mayores de la fe católica.”<sup>19</sup>

Sobrepasa, como es claro, los límites de estas reflexiones discurrir sobre tales contenidos de la educación legal, pero hay que anotar que los estudios de derecho se centraron por mucho tiempo sobre la norma, volviéndose facilísimo, sin inversión en investigación, bibliografía ni laboratorios, fabricar tales doctores. Dado el bajo nivel de la enseñanza secundaria de filosofía, humanidades y ciencias sociales y de la formación general, ello tendría su peor influencia sobre el problema agrario: ya Alejandro López sintetizó al máximo las características de nuestra vida campesina como “la lucha del hacha con el papel sellado”. Valiéndose de Bello a menudo se llegó a transformar la abogacía en la llamada *carpintería jurídica*, una especie de machote para el litigio, sin corazón ni discernimiento. Y sin que pueda atribuirse a tan rudimentario *leguleyismo* la totalidad de los males de la justicia colombiana, hay que reconocer que dado el simplismo en la enseñanza y en la práctica, una codificación tan precisa y detallada como ésta habría de dejar una impronta decisiva en nuestra mentalidad.

Hemos pues de preguntarnos: ¿qué oculta, psicoanalíticamente considerada, dicha reserva del saber constituida por el ciego apego a las normas? Hechos como el relatado por Rufino J. Cuervo, al hablar en una verdadera *asociación libre* psicoanalítica del éxito social de su padre que culmina en cómo recibiera del Estado como reconocimiento la adjudicación de no poca tierra, pueden darnos pie a una respuesta más precisa que simple metáfora: pues el autor nos aclara inequívocamente cómo ello era habitual entre los doctores triunfantes quienes, podemos suponer, legítimamente “aspiraban” a tales consagraciones. Y teniendo en cuenta a Catherine Le Grand cuando nos informa respecto de la propiedad del Estado colombiano sobre tres cuartos de la tierra al finalizar el siglo pasado, se puede ver que llamando saber sólo lo que se sabe rabulescamente, el saber consagrado impide saber: pues quienes se repartieron las tierras del Estado desde los comienzos de nuestra vida nacional callaron la forma de hacerse a tales privilegios.<sup>20</sup> En períodos muy definidos, tales como recién pasada la Independencia, a mediados del siglo pasado o en las primeras décadas del actual, como quien dice, cada vez que las guerras dejaron una pobreza que impedía toda reacción campesina, los doctores fueron premiados con repartos de tierra. Es significativa la representación gráfica de la misma autora de los sitios de conflicto por la tierra: coinciden con las regiones de Violencia en 1950, pues quizás siempre esta lucha entre *el hacha y el papel sellado* ha sido la misma, bajo diferentes aspectos políticos, pero cada vez teñida del mismo rojo sangriento. Y aunque ya casi no queden tierra nacionales por distribuir, igual modelo de reserva sigue dominando todos los

<sup>19</sup> Ver de D.O. Linch, *Lawyers in Colombia*, Texas Int. Law Journal, pág. 199, 1978.

<sup>20</sup> Véase Le Grand, *Colonización y protesta campesina en Colombia*, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, 1988, pág. 63: “la lista [...] comprendió políticos y generales de los partidos liberal y conservador.”

privilegios obtenidos en diversos sectores de la producción, sea a través del crédito, o del acceso a los insumos y a los diversos subsidios manejados por medio de agremiaciones de propietarios. Múltiples sistemas de valimiento imperan en el campo y aquí o allá es causa de descalabro agrícola no saber, con ignorancia verdaderamente campesina, cómo será el estímulo de éste o aquel producto, o cómo se favorecerá la elaboración o la importación de aquel que lo substituya ¿Cómo no va a ser un privilegio saber?

La propagación del Sistema de la Unidades monetarias de Valor Constante (UPAC) hace apenas veinte años, proporcionó una muy buena oportunidad de enriquecimiento con el curso de la devaluación de nuestra moneda. Bastaron dos décadas para transformar la economía colombiana sin que nunca pudieran preverlo quienes no lo sabían. El UPAC benefició a una clase media alta y, con mayor razón, a todos los que nada necesitaban saber porque teniendo el mando lo saben todo. Tal grupo creó así las bases para su vida impávida y tranquila, mientras todo aquel que no puede calcular su economía privada en términos de divisas extranjeras vió mermar su capital en proporción directa con la valorización del UPAC, pagando caro su ignorancia. ¡Con razón nuestro pueblo raso doctora automáticamente a nuestro ricos!

## Y cuando impide el progreso

Este saber que da acceso al poder y a la riqueza, queda al descubierto cuando se escudriña el galimatías del Artículo 37 de nuestra carta fundamental: *No habrá en Colombia bienes raíces que no sean de libre enajenación ni deudas irredimibles*. Debido, según algún erudito, a la diestra mano de M.A. Caro, seguramente habría merecido una redacción más gramatical de no haber tenido por objeto dejar en la niebla los privilegios. Por lo menos, hubiera debido no acumular cinco negaciones en sólo 15 palabras. ¡Sólo si se trataba de velarlos, no se pudo hacer mejor!

Puede decirse que tal artículo, junto con otros cuyo alcance sólo barruntan los más expertos, mira ante todo hacia proteger determinados intereses y excluye cualquier posibilidad de adecuar la propiedad de la tierra a la realidad social, en perjuicio de una pöbnería que para acometer una justa Reforma Agraria, acabaría dependiendo de los hipotética ocurrencia de una verdadera catástrofe natural o social que obligue a recurrir a la exacción. ¡Cuando hace menos de un siglo el Estado era el poseedor de inmensa cantidad de tierra! Hé ahí como el saber llega a constituir un arcano: en Colombia sabe sólo quien prevé, y para poder prever basta dominar el poder; mientras, quien no lo detenta con toda la sapiencia del universo todo lo ignora, y sin él nadie por sabio que sea sabe nada de nada.

Con razón entre los *gamines* es conocido como *Código* el niño que por encargo y colecta de sus compañeros asiste a una película de la que sabe leer los letreros para luego explicársela a la *gallada*. El nombre da una idea del prestigio que tal habilidad puede acarrear en el grupo de desamparados.

## Un pobre ideal del servicio público

Con el énfasis en un derecho concebido según la tradición del Código Civil, y como dice F. Leal Buitrago cuando descifra los ideales de nuestros políticos como los de meros intermediarios para favorecer intereses particulares, especialmente en sus capítulos de Personas y Obligaciones, se cuida sólo de su preservación: antes que un terreno de la regulación de los grandes conflictos que el colombiano puede encontrar en la ordenación social, la justicia se volvió campo de batalla de intereses privados.

Y al paso que en otros países de economía mixta como México o Brasil turnarse entre lo privado y lo público desacredita totalmente, porque el servicio comunitario no admite veleidades, la falta de un sentido del servidor público favorece aquí la corrupción, a expensas de los intereses nacionales. Carecer de tal mística impone gravísimo lastre a las empresas estatales, que por cierto un reaccionarismo elemental quisiera ver totalmente desmanteladas.

Quizás todo esto puede percibirse en el tono con que suena a veces el título de *Doctor* cuando se aplica genéricamente para designar a quienes detentan el poder: al hablar de los doctores que mandan en la *lleca* o en el campo, resuena un acento irónico que sugiere no sólo la falta de destreza práctica de tales eminencias sino la inconciencia sabihonda, y una incapacidad, rebosante de aspiraciones, para la vida cotidiana. Si ellos dominan a sus anchas desde los comienzos de Colombia en las ciudades destacadas como centros de poder en nuestra historia poco se les involucra en las costumbre ordinarias, pues parecen destinados a las alturas.

Sigue siendo verdad de a puño que desde hace siglo y medio tras los torneos políticos y culturales de Colombia se esconde el privilegio, o el anhelo de alcanzarlo sin tasa, que abajo, entre los siempre desposeídos campesinos, ha de traducirse en batallas y violencia. Y por más que no todos nuestros intelectuales hayan contado con la suerte de Rufino Cuervo, ni siempre sus aspiraciones fueran idénticamente alimentadas por la pasión que llevara a algunos a la opulencia, o a la ruina, la relación entre guerra en los campos y competencia intelectual en las ciudades quizás pueda no aparecer a un primer vistazo, pero resplandece al reparar en la aspereza de la batalla por el control de la burocracia. Pues cuando las pugnas irreconciliables desatan la ambición, los políticos bruñen sus armas para convertir el torneo *intelectual* en sangrienta batalla, capaz de arruinar a familias enteras y de ensangrentar los campos... con muertos casi exclusivamente campesinos.

## Los agentes sociales y la superación del feudalismo

La existencia de agentes sociales del cambio, corresponde al general proceso de América Latina, en la transformación de una economía basada en la hacienda, al dominio exclusivo del capital. El tránsito del feudalismo a un semi-capitalismo, en todos, inclusive en México, se ha hecho de manera paulatina, sin dejar del todo



atrás la otra mentalidad. Allí donde éste adquiere un papel directivo en la economía, ostenta rasgos similares pues ha sido posible en todos gracias a personajes un tanto ridículos, producto y encarnación a la vez de la movilidad social.

*Guarangos* (argentinos), *Pachucos* y *Pochos* (mexicanos) y en fin, todos los personeros del contrabandismo y el ascenso sociales, debilitan en todo el continente hispanoamericano las viejas estructuras. Tienen aquí su paralelo en el *Lobo* y el *Paisa*. Pero, cosa curiosa, la desafortunada búsqueda de la propia convivencia, en Colombia se ve más comúnmente en otro campo: el de la "aspiración" a la consagración definitiva del cargo público. En determinado momento todos *aspiramos* a vernos ungidos con la dignidad de un ministerio, una gobernación o alcaldía, o con ser Representantes, Diputados o hasta simplemente presidentes o secretarios de tal o cual junta o comité. Algo como una inspiración parece un día estar destinada a iluminar nuestras vidas, y a partir de allí comienza la campaña: hay que comunicarle a los amigos la *aspiración*, y se trata de conseguir su ayuda para coronarla triunfante.

Y si otros personajes son promotores de una mentalidad de provecho de sí propio que acaba por abrir paso a formas y métodos capitalistas de la economía, nuestros idealistas y ascéticos doctores con representar el saber, hasta donde queda descrito, son también resultado de la feria de *aspiraciones*. Ello hace que sea bien nuestra esta "politiquería"; pues ningún país, salvo Colombia, destaca así a tan particulares profesionales de la política como son los *Manzanillos*. Ello es debido a la forma como el recurso de las ideas políticas se ha utilizado para conseguir una cierta evolución social que progresivamente nos aleja de lo colonial y lo feudal, pero que mal podría haber proporcionado sólo frutos positivos, y ya es mucho que alguna transformación ocurriera de modo casi permanente por el camino de la lucha de las ideas. Entre tales frutos negativos, el más notable es la confusión ideológica propicia a la imposición de políticos oportunistas y venales, representativos de la general inercia de las sociedades, y de la pobreza intelectual.

*Manzanillo* no es el político, aunque a veces consigue reemplazarlo. Es más bien su auxiliar y su eterno secretario. Tiene como tal todos sus vicios y carece de imaginación, pero ha cumplido una notable función social estimulando el interés por las ideas y consiguiendo un cambio de la actitud general hacia el poder que disminuyó su lejanía y facilitó la vinculación de cada uno de los colombianos con la nacionalidad. Sin embargo, sin saberlo, engendra su propio infortunio, pues dedicado a obtener el triunfo del prestigio político, *Manzanillo* es también quien gasta toda su energía en la producción de *lagartos*, reptiles ávidos de notoriedad y que aúpan su falsa sensación de poder. Infortunadamente, tales *lagartos* acaban haciéndole imposible gozar su vida, atormentándolo a cada paso como en una pesadilla.

Quizás sin *Manzanillos* los políticos colombianos se parecieran más a los reyes y su dominio hubiera sido absoluto. Pero, a cambio de este acercamiento al poder, los colombianos hemos pagado el alto precio de la generalización del llamado "*manzanillismo*". Cada uno usa de él cuando alimenta su ambición de poder o

necesita compensar su desvalimiento, y en suma, todos los colombianos somos, unos menos y otros más, auténticos *Manzanillos*.

Como el árbol tropical de su mismo nombre, el *Rhus Juglandi Folia*, el *Manzanillo*, ante quien somos inevitablemente *Lagartos*, es irritante al sólo contacto de sus hojas. Basta con tocarlo o con acercarse demasiado a él para experimentar una quemadura en la piel. Especialmente, si en ese momento el pequeño rey asediado por la pesadilla de *Lagartos* ha perdido el control de sí mismo, y despide ácido por cada uno de sus poros. ¿Y cómo se entienden en general el *Manzanillo* y el *Lagarto*? El *Lagarto* necesita del reyezuelo para sentirse vinculado al poder social. Escoge su *Manzanillo* y le levanta un trono para que impere. Este trono está a la vez alejado de su propio alcance, tanto como para que tenga un atractivo especial, y lo suficientemente cerca como para alimentar su fantasía. Entonces lo acerca y lo aleja, restragándose contra él y contagiándose de su fuerza; pero, al elevarlo sobre sus hombros para exponerlo a la mirada y a la admiración de los demás tiene que soportar su lejanía en la medida en que consigue compartirlo, imponiéndolo a la comunidad. Se explica entonces el calificativo: el *Lagarto* —reptil pegajoso, despreciable y repulsivo— nos es necesario para satisfacer una profunda necesidad afectiva, vale decir, la de socialización de nuestra vida; y en la medida que nos acercamos al poder, todos nos rodeamos de *Lagartos* cuando queremos influir sobre la vida colectiva.

Una disposición democrática, sin la cual no hubiera sido fácil superar el absolutismo de un poder central alejado de cada una de las células sociales de Colombia, se ha ido conformando en esta especie de juego. Pero también, a base de ella se ha creado un modo de socialización hondamente basado en el poder, que nos aleja del aprecio por las ideas, así como de los valores provenientes del mérito y la fortaleza internas, y claro, de la solidaridad social.

Así, si para acortar las diferencias sociales del país se ha servido de *Manzanillos* y *Lagartos*, también ha pagado un alto precio falsificando la raigambre popular de la cultura. De las universidades al cargo público la casta de *doctores* sólo cree hoy en la influencia privilegiada y en los sistemas de contornear la ley para obtener gajes y prebendas, y sólo una minoría intelectual posee la devoción y el sentido del bien común, de urgencia imprescindible para una economía de alta proporción de inversión nacional, a la que debería corresponder similar peso del sector público.

Por contraste con lo anterior, quizás de todos nuestros vecinos nos diferencie la forma como apreciamos y asignamos categoría a los más ínfimos agentes del poder central: se trata de un halo de respeto, si bien, y como lo puso de presente Fals Borda en su descripción de la influencia del contrabando en Mompo, a base de violar consistentemente las reglas, y de aplicar la excepción, históricamente hemos conseguido un aumento gradual de las oportunidades para los nuevos ciudadanos. Así, el despreciado *Manzanillo* acaba ganando aprecio: logra cotizarse, e invade toda actividad... para hacer de la política un sistema de enriquecimiento personal y de ascenso social.

A ello sin duda se debe que de todas las latinoamericanas la evolución lingüística colombiana sea la que presenta más acusado el rasgo de la confusión de los pronombres personales: *Tú, Usted y Vos* juegan con la sintaxis como el *Manzanillo* con sus *Lagartos*, acercándolos en tiempo pre-electoral y en sus correrías campesinas y alejándolos en el ejercicio del poder y en la vida cortesana de la ciudad. *Vení vos, que sos de Cali*, se dice sin reato. Y según lo requiera la circunstancia, *tú, usted o vos* nos hacen sentir íntimos o extraños, a veces casi simultáneamente. Pero tal confusión gramatical no engaña, pues es apenas una suerte de pase mágico tendiente a nivelar categorías. Ello generalmente no se consigue, pues el colom-biano, desde la Colonia, es imantado por los prestigios. Los fantasmas de las jerarquías no son fáciles de alterar, ni las complejas superposiciones del hojaldre social fluidas o flexibles. Ni siquiera manejando el *voceo* conseguirá liberarse el colombiano del respeto reverencial por los rangos y timbres del poder. A poco de su breve dominio, los *fulanos* que lo detentan tórnase en figuras de un santoral que nimba de gloria todo cuanto toca. Y el *fulanismo*, así sea económico, pseudoaristocrático o supuestamente académico, o proveniente del relumbrón de los salones, impone su ley, a base de haber incrustado sus valores en el alma infantil y en la de su raza, desde lo más remoto del arcano: se admira irrestrictamente al triunfador. Rodeado de su embelesada corte de *fulanistas* el *fulano* reina, mas sólo fugazmente pues *cada alcalde manda en su año*; pasado éste la falta de ello se llena de desamor. De allí su oculta energía para generar violencia, y ya llegamos a una cifra superior a los veintemil muertos anuales. Proporcionalmente más, para un monto de homicidios en Colombia superior en el primer semestre de 1990 al de países hasta diez veces más poblados, como los EE.UU.

## ¿A dónde va la clase media?

Discurrir sobre toda esta flora y fauna, que sea como fuere digiere a Colombia, exige aludir a su proveniencia de la clase para algunos ya llegada a un tercio de la población del país: la clase media. Representa una muy poco estudiada importancia y en todo caso, con su súbita aparición desconcierta a más de uno. Pero ésta, para llenar todas las características típicas, no basta situarla entre la oligarquía y la gleba, pues bien puede tratarse de un conglomerado, antes que de una verdadera clase. Así no falte en Colombia quien la suponga también en el agro, pretendiendo que su presencia allí explica buena parte del fenómeno de La Violencia. Aunque tanto quienes la sobrestiman como los que no, desde los más diversos ángulos coinciden en cuanto a la bondad de su influencia democrática. Y aún para quienes divergen es factor de positivo futuro. Sería por tanto muy importante poder precisar qué implica dicho término *clase media* en general. Y sobre todo, quizás importe aciararlo en caso de asignarle un ineluctable papel en la modernización democrática, pero hablar de tan ideal influencia naturalmente excede los límites de este artículo. Por haber casi por entero carecido de canales de expresión, nuestros grupos intermedios hasta el presente son bastante desconocidos. Terminada La Violencia, la clase media realmente abarcaba apenas una reducida porción de los cortos millones urbanos. No alcanzaba, como quien dice, sino a un total cercano a los dos millones

de miembros. En todo caso, mal pudo entenderse cuando apenas hace tres décadas los estudios oficiales sólo le otorgaban un 10% de la nación colombiana... y contaba con algo como diez millones menos de personas que actualmente. Lo curioso es cómo, pese a reportarse entonces la existencia de cerca de 300 predios cafeteros, en materia política se hablaba autorizadamente del excesivo peso del latifundio. Ahora resulta claro que, dado el elevado número de pequeñas fincas cafeteras, al comenzar el período del Frente Nacional la suerte de tal clase estaba ligada a la economía del café. ¿Cuál era pues la verdad? ¿El café favorecía acaso a los poderosos o de su futuro dependía el de la clase media? ¿Ambas cosas eran quizás ciertas entonces!<sup>21</sup>

Pero en los albores del régimen bipartidista del Frente Nacional, comenzó un desplazamiento humano sin puestos previstos, y hecho por entero a ciegas. Cuando hace treinta años se pretendió ponerle cura al ancestral enfrentamiento liberal-conservador que desangraba al país, implantando un artificial equilibrio de oportunidades burocráticas y políticas, ni siquiera se soñaba con la impetuosa inmigración urbana. La salida de aldeas y campo de quienes buscaban proteger su vida se produjo con La Violencia, sin cálculo basado en un aumento de las oportunidades y sin prácticamente progreso visible del empleo. Pasó en silencio, y aunque no fue inferior al europeo a Estados Unidos a fines del siglo pasado y comienzos del presente, como siempre, de tal remesón el Estado sólo habría de favorecer las oportunidades derivadas para los más poderosos. ¿No hubiera sido posible, por ejemplo, impedir nuevas injusticias provenientes del desequilibrio causado por tan gigantesco traslado poblacional? ¿Acaso la contribución del Banco Mundial (en determinado momento Colombia fue el cuarto beneficiario de esta institución), con préstamos a vías, hidroeléctrica y otros, no se hubiera encauzado mejor de haberse hecho con miras sociales y no simplemente buscando favorecer el crecimiento urbano? Nada debe extrañar, tras las ciudades triplicar su población, que el empleo formal no alcance hoy a satisfacer siquiera la mitad de la demanda ocupacional, lo cual, al desestabilizar a los sindicatos otorgó exagerado poder político a los ricos: para migración no contó, cuando de haber estado listo a soportar el impetuoso abandono de los campos, hubiera sido gran factor de orden y paz.<sup>22</sup>

Realmente, el inusitado interés por la vida urbana que trajo la gente a las ciudades fue reacción a la cristalización de las estructuras sociales agrarias. Luego, la corriente se mantuvo a pesar de la falta de oportunidades, alimentada por la difusión por la radio, la televisión y el cine de hábitos y temas diversos que avivaban la esperanza de una mejor vida. ¿Pero qué la motivó? El que creó esta

---

<sup>21.</sup> Según los censos de la Federación de Cafeteros (1954 y 1970) las fincas cafeteras de menos de 5 hectáreas aumentaron en tales años del 35 al 44% del total cafetalero. Pero según otro autor (Kalmanovitz), en ese último año el 6.99% de las explotaciones agrícolas poseía el 78% del área nacional cultivada.

<sup>22.</sup> La responsabilidad del Banco Mundial en la alocada población de las ciudades colombianas no ha sido objeto de estudio todavía. ¿Sabían lo que hacían y quiénes sacarían mayor provecho de unos préstamos que todos los colombianos debían pagar?

situación fue el atrevimiento. Configura una verdadera tendencia, observable tanto en los individuos cuanto históricamente, y aunque es evidente su influencia como causa de tensiones externas, por carecer aún de explicación ha contribuido al auge de *manzanillos* y *lagartos*. Por lo que resulta de enorme importancia analizarla, y, tanto más, cuanto que para tal explicación la cleresía se ha mostrado claramente insuficiente y al fallar en entender el tema de la aventura, contribuye al predominio de aquellos personajes que nada arriesgan, habituados como están a la simulación. Mas si falta del coraje necesario la intelectualidad colombiana se abstiene también de examinar el atrevimiento descarnadamente, mal podrá cumplir su misión orientadora. Y de quedarse corta, los supuestos aventureros continuarán llenando por un buen tiempo el panorama político, social y cultural del país.

Abocar el tema del atrevimiento, no admite más dilación: pues con la aparición de la clase media gana obvia actualidad, y su interpretación exige una dilucidación nada halagüeña para los ideales del sistema. Mal puede aparecer como auténtico intelectual quien sin el concordante arrojo intelectual quiera explicar su papel histórico y social. Pretendiendo eludir la confrontación del arcaísmo de los valores oficiales, será un doctor más, de los que llenan la historia del país, y a lo sumo gozará del miramiento otorgado a los letrados detentadores de un oropel cultural. Pero la oportunidad de una reflexión mucho más cuidadosa y motivada de verdad por un interés en el futuro de Colombia, seguirá aguardando un pensamiento corajudo.

Se comprenderá que nuestra clase media, prácticamente inexistente en la Colonia y el primer siglo de vida independiente, no tuviera hasta la primera década del siglo xx, la menor influencia política. Y también, que a raíz de un milagro que prácticamente sacó a Colombia del letargo comenzara a despertar: con la exitosa exportación del café del minifundio, las pequeñas granjas, así provinieran de la visión de algún sabio gobernante o apenas de la de quienes *necesitaban brazos*<sup>23</sup> para sus empresas agrícolas o ingenieriles, lograron *beneficiar* el grano industrialmente. Para poder exportar la almendra arábica, y así independizarse de la tiranía natural de una abrupta geografía, y de la comercial de grandes intereses, la sometieron a múltiples procesos en cada una. Cultivado, despulpado, fermentado, lavado, secado y escogido en pequeños fundo, el café colombiano pronto alcanzó un nivel de operación racional más allá del destinado entonces a una actividad puramente agrícola, y una política cafetera empezó a influir en la planeación y la economía. Así, los minifundistas, merced a una multitud de pequeños inventos, en cierto sentido lograron superar la desventaja de la deficiencia en vías, el aislamiento y la impotencia económicos, alcanzando al menos la capacidad de defenderse de crisis como la sufrida en 1895 con la caída mundial del precio del grano, que arruinó a

---

<sup>23</sup> Ver de A. López I. C., *Problemas Colombianos*, París, 1927, la discusión sobre las dificultades del mercado de mano de obra en las primeras décadas del siglo, y la necesidad de llegar a estabilizarlo, para cualquier desarrollo capitalista.

muchos. Si quizás tal defensa no se consiguiera del todo en el comercio exterior, se logró en cuanto importaba más inmediatamente al granjero al crearse un mercado interno<sup>24</sup> y lograr buenos precios para el grano. Así, la tendencia democratizante se puso en marcha, alcanzando para Colombia una participación en el cultivo mundial del 12%. La economía colombiana se volvió cafetera, como segundo productor mundial, y el país pudo beneficiarse de los precios, que alcanzaron un ápice en 1954. En 1962, bajo los auspicios de la ONU se firmó un Convenio Internacional del Café, que impidió en su momento la invasión del mercado por las grandes existencias poseídas por otros países y los tostadores; y también, en los últimos años, Colombia pudo emanciparse del monocultivo, sorteando en las dos más recientes décadas enormes obstáculos, para lograr al fin organizar su actividad exportadora e torno a cuatro o cinco renglones, entre los cuales y sin constituir un único factor de subsistencia, el café conserva aún la primacía.<sup>25</sup> Podría decirse que la quimera de algunos ideólogos cafeteristas habría estado por alcanzarse hacia 1984... de no haber sido por un rival de categoría: la coca.

Dedicaré la última parte de este artículo a tal fenómeno, que ha transformado a Colombia y que por mucho tiempo ejercerá una influencia social y política considerable. Café y coca se contraponen como un polo al otro desde un punto de vista histórico, social, o político, y aún del agrícola, como puede probarlo que en las masivas compras de tierra de los narcotraficantes, los últimos años, queda excluido el negocio cafetero y quizás ni una sola hectárea de café les pertenece, o al menos no les interesa como negocio.

## Sigmund Freud y la coca

La publicación en Viena, en 1885, del artículo *Über coca*, que habría de introducir el alcaloide en Europa, no dejaría de traer problemas a su autor. Por entonces apenas un joven profesional, de procedencia extranjera, y por añadidura judío, quizás Sigmund Freud no previó con suficiente astucia las consecuencias que le traería hablar de esta sustancia como de un estimulante ideal. Poco después de publicado, un rival, de nombre Erenmeyer, lo acusaría de hacerle propaganda al *tercer azote de la humanidad*. Freud creyó que quizás la coca, por sus características estimulantes, reemplazaría curativamente a otras sustancias entonces usadas como estupefacientes. Enfoque más sociológico que galénico, por cierto, aunque

<sup>24</sup> Según lo demuestra Felipe Carrizosa, *Café y Mercado interno*, Tesis de la U. de los Andes, Bogotá, 1975.

<sup>25</sup> Dícese que del monocultivo, Colombia pasó en los últimos años a la diversificación en que interviene de varios modos la manufactura; y hace diez entró a la era energética pudiendo compensar el peso económico del café con la exportación de varios minerales. Véase J. Pierce: "A pesar de que las grandes mayorías no se han beneficiado de ello, Colombia [...] tiene uno de los mayores potenciales hidroeléctricos mundiales, y su energía eléctrica representa cerca de las tres cuartas partes de su capacidad energética eléctrica; por largo tiempo ha sido importante productor petrolero y desde los 80 se volvió exportador, a más de estar desarrollando sus gigantescos recursos carboníferos". *op. cit.*, pág. 99.

poco después él mismo propondría una utilización quirúrgica de la sustancia, que hizo famoso a otro, acercándose así a una concepción realmente médica. Pero lo incómodo de la situación, que desencadenó una tormenta y pudo haber acabado con alguien menos audaz y menos resuelto a proporcionarle al hombre una herramienta de incontrovertible importancia en la lucha contra el tedio y la irracionalidad, como a la postre fue el psicoanálisis, vino de que la propuso como *una ofrenda* para la triste humanidad. Su cicatero contradictor había por tanto dado en el clavo: años después, y según su autorizado biógrafo E. Jones, el autor de *Los estudios sobre la histeria* y de *La interpretación de los sueños* debió borrar en sus archivos, en los albores del nuevo siglo, toda huella de la pifia de haber propiciado el uso inyectado del alcaloide.

A riesgo de digresión digamos que mal podía el fundador del psicoanálisis haber supuesto todas las implicaciones de la inyección del *fármaco*, cuando aún no se había desarrollado las tendencias psicológicas que hacen hoy de sus consumidores obcecados incorporadores de cuando estímulo creen necesitar para lidiar con el tedio. Pues, como dice J. Derrida, ¿acaso es menos artificial que el alcaloide estimulante una hormona producida por el propio organismo, cuando se incorpora para alegrar el desempeño individual, o incluso, deja de serlo algún *dopping*?

Toda discusión sobre la toxicidad de la cocaína es pues redundante; y la polémica sobre la legalización de su uso, resulta por tanto supérflua: ¿acaso incorporarla a la luz del día, o en forma agazapada, puede cambiar en algo su nocividad?

En tiempos de Freud todos estos productos podían concebirse como médicamente favorables, y no debe sorprender que quince años antes de su gran descubrimiento ya el genio ambicionara encontrar algo que liberara al individuo agobiado por la neurosis. Empeñado en ampliar el concepto de la salud al campo del espíritu, su invención del psicoanálisis debió lógicamente enriquecerse tras la perdida batalla de la cocaína, pues su final aporte antes que de una sustancia cualquiera fue de un método destinado a fortalecer al individuo en su epopeya contra la irracionalidad.

Pero no sobra aludir al parentesco de acción farmacológica entre café y coca, cuando ambos por su origen pertenecen a la larga serie de sustancias estimulantes que culturas diferentes llegaron a *ofrecerle* a la europea: del chocolate al tabaco y al té, el nuevo mundo impactó a Europa con varias que podían alegrar los espíritus, y no es el momento de discurrir cuánto de ello alteró la marcha triunfal del cartesianismo, pero sí de meditar en que no mucho después de Colón finalmente los estimulantes exóticos acabarían conquistando al mundo conquistador y convirtiéndose en parte integrante de la vida cotidiana. Introdujeron un cambio en la vida europea por su capacidad de "elevar los espíritus", sin llegar a alterar visiblemente la conciencia. Pero por su característica de ser menos activos, su ingesta no produciría la terrible epidemia propia de la coca. Y ni hablar de la inhalación del tabaco, ya que la nicotina tiene la especificidad de ser una sustancia excepcional, ya que al fumarse no se transforma en alucinógena.

El periplo propio de los estimulantes, de sentido inverso al de la actual propagación de coca y sida, fue mencionado por Derrida. Pero no es solamente eso, ya que los dos grandes males actuales a más de parecerse por ser a menudo incorporados por medio de jeringas y contagio de sangre, lo son quizás por su propia historia, que en caso del último parece venir del Zaire<sup>26</sup> en donde el virus, sin la morbilidad actual, era endémico. Fue a través de la descuidada utilización de jeringas, para una campaña masiva de vacunación contra algún otro mal, y a cargo quizás de imprudentes funcionarios de alguna de las organizaciones mundiales de la salud, que a finales de la década del setenta adquirió súbitamente sus características atroces. Y no debe extrañar, pues su vertiginoso viaje se inicia a base del descuido: por llenar su tiempo de burócratas, esos indignos discípulos de Descartes que a menudo impulsan atropelladamente cuanta campaña sanitaria sirva a sus objetivos de conveniencia propia, sin tener en cuenta las realidades sociales y políticas de los países del Tercer Mundo, quizás lo propagaron. Los burócratas hacen cosas de esas y si logran combatir un mal menor, lo hacen como en dicho caso, desencadenando otro que puede ser mayor.

La incorporación inyectada de sustancias estimulantes, agrediendo al propio cuerpo, no es propia del subdesarrollo sino del extremo apático al que ha llegado el mundo industrializado.<sup>27</sup> Y es así como *el tercer azote de la humanidad* pasa a convertirse en tal, desafiando toda capacidad social de prevención, y demostrando la ineficacia de los sistemas punitivos. Cuando el interés de los gobernantes por remediar los vacíos educativos, sanitarios y culturales propios de dicho tipo de organización social, se ve reemplazado por otro únicamente represivo y policiaco, éstos se demuestran imposibles de colmar y los métodos de combatir la droga, resultan contraproducentes.

Por el contrario, la única esperanza de que un día tal propagación de la cocaína sea contrarrestada por un fortalecimiento de las estructuras mismas de la sociedad industrial, y de que las epidemias de coca y sida tengan un final, estriba en el impulso dado a las ciencias humanas por el descubrimiento del psicoanálisis. Pero mientras no se logre tal reverdecer de las estructuras sociales, las epidemias de coca

---

<sup>26.</sup> Ver la reciente entrevista (enero de 1990) del profesor Grmek *Le sida remis dans son histoire* (Nervure, París, febrero de 1990) sobre Zaire y sida: "considero que el papel de la toxicología intravenosa y el papel de los progresos de la medicina, son extremadamente importantes en la introducción del virus [...] en mi libro cito el informe confidencial de la O.M.S. y cómo en el Zaire se hizo la vacunación contra la peste utilizando un número absolutamente ridículo de jeringas y de agujas, cuando se sabía ya el riesgo de transmisión del sida por medio de ellas" (pág. 60).

<sup>27.</sup> En los datos del Departamento de Estado de los E.E.U.U., citados por H. J. Gómez, *El tamaño del narcotráfico y su impacto económico*, Economía Colombiana, Bogotá, marzo 1990, mientras Colombia habría exportado 75 toneladas de cocaína en 1988, habría consumido 3. Pero esta alta proporción no hace referencia a la escasa difusión del consumo inyectado en el país. Tal modalidad constituye la peor característica de la drogadicción en los países industrializados, por asociarse al sida, y marca neta diferencia con el consumo doméstico.



y sida arriesgan no sólo a verse estimuladas por la propia represión policial, sino a agudizarse combinándose, ya que para su propagación ambas se sirven de los mismos canales clandestinos.

## La empresa colombiana y la coca

Aunque habría que remontarse a antes de 1960 para encontrar los primeros rastros del criminal negocio de la droga en Colombia, en una primera etapa que se prolongó quince o más años los narcotraficantes colombianos sóloamente intervinieron como transformadores industriales del producto, utilizando hoja y pasta de coca de proveniencia indígena, que compraban en Ecuador, Perú y Bolivia y que luego enviaban a Estados Unidos. Ello sin duda se debía a que mientras las leyes colombianas ante todo limitaban su cultivo, en esos otros países era permitido sin mayores cortapisas, como propio de las cultura indígenas; así como a que, iniciados por algunos refugiados cubanos ya bien implantados en la vida norteamericana, aquellos intervenían de modo marginal en materia de distribución. Los negociantes sureños compraban a los indígenas la materia prima en bruto para venderla en Colombia, en donde, sirviéndose a veces de canales oficiales, y una vez purificado, el producto final se exportaba para su distribución con ayuda de cubanos y mexicanos. A comienzos de la década del setenta, algunos altos empleados del consulado colombiano de Nueva York fueron acusados de narcotráfico por la justicia norteamericana. Poco más tarde lo sería también, incriminado de transportar un cargamento de coca en un avión que el gobierno enviaba semanalmente a Miami a traer repuestos militares, un alto militar, hermano del jefe del ejército, y posterior hombre fuerte del régimen.

Pero, la capacidad emprendedora de los colombianos, combinada con su buena suerte, y aún mejores conexiones, acabó dejando atrás a peruanos, bolivianos y miembros de otras nacionalidades latinoamericanas que por tener control de la siembra, o de la distribución, de otro modo hubieran podido dominar el mercado. Así, y gracias a la existencia en Colombia de un verdadero depósito de capital caliente, que provenía del desarrollo del mercado clandestino del divisas extranjeras a partir del establecimiento a mediados de la década del sesenta de un estricto control de cambios, ellos lograron la financiación requerida para independizarse de la mafia norteamericana, lo que sin duda influyó decisivamente en su buena estrella. Como también, que tras la persecución en México al cultivo de la marihuana, viniera su auge en Colombia. Finalmente, en la del setenta, los narcotraficantes colombianos llegaron a tener el capital básico para lanzarse con plena autonomía a la conquista del mercado mundial de la coca. Y en la del ochenta, entendiéndose con algunos guerrilleros, lograron también su cultivo en grande escala, redondeando así el negocio.<sup>28</sup>

<sup>28</sup>. Varios analistas, por lo demás muy serios, han considerado el conjunto de esta actividad como un fenómeno extraordinario, quizás algo similar al enriquecimiento de múltiples jeques árabes producido por el *shock* petrolero. S. Kalmanovitz, por ejemplo, sostiene

En síntesis, la vinculación colombiana a la coca ha sido de tal naturaleza que domina todas las fases de financiación, cultivo, elaboración y distribución. Y en fuentes autorizadas se considera que significa lo principal de dicha actividad total. En términos de valor agregado, ella ha producido varias decenas de miles de millones de dólares, y sus ramificaciones penetran casi todas las ramas de la actividad nacional<sup>29</sup> si bien es evidente que la mayor parte del acumulado no regresa a Colombia sino queda exiliado como capital financiero de la actividad criminal.<sup>30</sup>

Vale la pena distinguir tres fases en esta historia colombiana de la coca: la industrial y de formación de una red delictiva para su distribución, en la década del sesenta. En el setenta, la de formación del capital financiero, y por último, en el ochenta, la de propagación de grandes cultivos. A partir de 1989, y tras la decisión del gobierno Barco de dar la batalla frontal contra la droga, los narcotraficantes colombianos se lanzaron de lleno a la lucha política y militar; y a partir del asesinato de tres candidatos presidenciales, entre ellos el muy seguro ganador de las siguientes elecciones, Luis Carlos Galán, entraron de lleno al terrorismo. Sólomente las últimas semanas del nuevo gobierno Gaviria, parecen indicar cierta pausa en dichas acciones. Pero falta por verse si también los *narcos* habrán prescindido de su propósito inicial de alcanzar un total imperio sobre el país. Sea como fuere, puede preverse que la vinculación de Colombia al cultivo y elaboración de la coca continuará por mucho tiempo.

---

que la acumulación de riqueza del narcotráfico alcanza en sólo una década al 30% de la de todos los colombianos en los últimos 100 años y dice que anualmente tal actividad genera el 6.8% del PIB, *La economía del narcotráfico en Colombia*, Economía Colombiana, marzo de 1990. Con menos dramatismo pero no menor autoridad, H. J. Gómez acepta tal monto anual para comienzos de la década del 80, pero sitúa el porcentaje diez años después en sólo el 2.5% del PIB. Sus cifras, advierte no obstante, no incluyen el comercio con Europa, últimamente muy incrementado. Caracteriza a la actividad colombiana como de transformación de la base de coca, si bien reconoce que en la última década el área cultivada se ha incrementado en cinco veces. De todos modos, dice, "la mayor parte de los recursos generados por las sustancias ilícitas van a financiar la fuga de capitales y el contrabando por lo cual el impacto neto de estos recursos en la demanda agregada interna no es muy elevado [...] no es nada claro que el impacto [...] haya sido benéfico para la evolución de la economía colombiana" *El tamaño del narcotráfico... Op. Cit.*. Quizás tales cifras, antes que exactitud, reflejan un laudable deseo de iniciar un análisis hasta ahora descuidado.

<sup>29</sup>. Según estimaciones de A. Berry y J.A. Bejarano, las inversiones de los narcotraficantes en tierras alcanzarían a 1 millón de Ha. *El desarrollo agropecuario en Colombia*, Editorial Presencia, Bogotá, 1990, pág. 153. Y según M. Arango Citado por Gómez, *Op. Cit.*, pág. 15 irían: 45% a bienes raíces; ranchos ganaderos, 20%; comercio, 15%; construcción, 10%, y servicios y recreación, 10%. En su imprecisión, ello demuestra cómo el café no es siquiera considerado.

<sup>30</sup>. Esto primordialmente es debido al rendimiento del negocio: según A. Sarmiento y C. Moreno, *Narcotráfico y sector agropecuario*, Economía Colombiana, Bogotá, marzo de 1990, alcanza el 3.000 por ciento. La mayor parte del acumulado ilegal queda afuera.

## Del café a la coca

Muchos piensan que si fuera posible substituir coca por café, la economía cafetera colombiana cómodamente se vería llamada a suplir los beneficios proporcionados por la creciente demanda internacional del estupefaciente, culminando así el auge iniciado por este grano a finales del siglo pasado, y principalmente alcanzado a comienzos de éste. Obviamente, con tan solo que los dos arbustos crecieran siempre en el mismo clima, en cuanto a problema mundial la coca tendría el mejor porvenir, pues, a mediados de la década del ochenta, tan democrático modelo de distribución del ingreso como el practicado con el café colombiano pareció destinarse a alcanzar un clímax de muy ejemplar transformación modernizadora. Por ello, pensar que dicha substitución de cultivos acabara con el ilícito negocio, pudo resultar simple. Ahora bien: por explicables que sean los anhelos de llegar a una sencilla supresión del vicio que subyaga a cerca de diez millones de consumidores en el mundo industrializado, y de conjurar así toda posible comparación con la tragedia de la Guerra del Opio que martirizó por siglo y medio a la humanidad, ella no se aviene con la realidad: pues la actual imposibilidad de reemplazar coca por café no es sólo técnica, ni la diferencia climática de ambos cultivos nos revela apenas una dificultad material, sino la radical oposición sociológica entre ellos.

Influída por una geografía y por una historia prácticamente congeladas por las condiciones dejadas por la colonización española, y por siglos transcurridos sin vías de comunicación ni inversión social en salud, educación y bienestar, por largo tiempo Colombia estuvo imposibilitada para utilizar sus mejores tierras. Por ello concentró su mayor actividad agrícola en las laderas de una altitud superior a los mil ochocientos metros, y cuando el café se demostró ideal para las nuevas y más bajas regiones, la dificultad estribó en que el latifundio ocupaba las más accesibles. Y no fueron pocos los hombres de negocios y los estadistas sin ambición, a quienes les pareció imposible llegar a competir con Brasil y con otros países tropicales. El café tuvo innumerables enemigos entre quienes lo veían poco apto para un país tan poco comunicado y pobre, a partir de Bolívar.<sup>31</sup> Todo les indicaba al comienzo que aquí el hombre no podría vencer a la geografía, a pesar de tener tierras buenas para el café. No obstante, se llegó a desarrollar el modelo colombiano de economía cafetera y el país pudo alcanzar en esta industria el segundo lugar mundial gracias a que, como en el caso de la vid, lo más adecuado para una óptima productividad de este cultivo parece ser el minifundio.

Pero haber irrumpido en la historia con semejante avalancha como lo hizo la clase media colombiana, no sólo fue concomitante con el auge del modelo cafetero<sup>32</sup>

<sup>31.</sup> Según A. Uribe, en *Brown Gold*, Random, 1954, pág. 105.

<sup>32.</sup> No hago referencia aquí al "modelo económico" que varios científicos de la Federación de Cafeteros han venido trabajando en los últimos años. Se dice que, actualmente, ellos ya han identificado más de 60 ecuaciones que intervendrían en su funcionamiento. De llegarlo a diseñar, estos científicos quizás lograrían la primacía mundial de un *modelo*

sino precisamente con una corriente colonizadora de sentido inverso a la que llenó las ciudades, y constituida parte por los fracasados en ésta y parte por quienes no creían poder encontrar allí su futuro. Comenzó a llegar a las regiones más inhóspitas y a arrasar bosques y contaminar ríos, destruyendo un fabuloso emporio de bio-masa, y logrando en fin de cuentas, cambiar la selva por parcelas aptas para su sustento. De la misma manera, la emigración hizo que una población casi igual a la que en la década del cuarenta llenaba las ciudades, abandonara el país y se dispersara en Venezuela, Ecuador y Estados Unidos, principalmente. Y entre quienes debieron convertirse en colonos de la selva y en emigrantes a los países industriales, casi sin recursos, prosperó de tal modo la tendencia a la aventura, que muchos de ellos llegaron de lleno a la nueva actividad, creando el imperio de la coca.

Cuando los grandes capos de la mafia, debido al enorme éxito alcanzado, vieron cómo su proyecto de dominación no podía avenirse con el inminente triunfo electoral de fuerzas progresistas, que ya parecían haberle impuesto al presidente saliente medidas draconianas contra el narcotráfico, en 1989 y acorde con los grandes intereses que llegaron a manejar, se vieron abocados a declararle una suicida guerra al gobierno de Barco y tras de él a la comunidad internacional. Tal confrontación, ya había tenido por lo demás múltiples manifestaciones trágicas con la propagación fascista de toda clase de violaciones a los derechos humanos a partir de 1984, año en que precisamente alcanza su ápice la distribución popular del ingreso típica del modelo cafetero. En los años siguientes y como nunca antes en Colombia, florecerían desaparecimientos, masacres y exterminio masivo de sindicalistas, dirigentes populares y miembros de los partidos de izquierda<sup>33</sup>. Así, si resulta difícil prever el final de tal Guerra de la Coca, hacerlo respecto de cuál será dicho resultado quizás no lo sea: pues si seguramente el narcotráfico acabará derrotado por las inmensas fuerzas que se le oponen, por desventura tan incoordinadamente, la quimera cafetera tampoco logrará ya una victoria que quizás tuvo su máxima aproximación cuando más se acercara a la utopía de constituir un modelo económico de desarrollo, en aquel año. Tal quimera, que hubiera quizás podido eclipsar el auge de la coca, fracasó, pues, en ese momento, con el significativo deterioro de la participación popular en la distribución del ingreso. Cuando tanto los factores nacionales como la propia revocatoria del Pacto Internacional Cafetero, que garantizaba los buenos precios, hacen que otros apunten en dirección opuesta, ello no indica solamente un episodio sino quizás la reversión de una tendencia.

---

*económico* que sea cierto y funcione sin ser deliberado ni conciente. No obstante, la sola idea que el cafeterismo económico aquí aludido haya actuado como rector de la economía y la política colombianas durante varias décadas, plantea la incognita teórica de si puede haber *modelos* inconsciente de superación del subdesarrollo. Extremando el punto, podría decirse: naturalmente los ha habido, pero sólo lo han sido para los grupos oprimidos. ¿Podría también haberlos, como el cafetero, inconscientes aún para sus propios beneficiarios?

<sup>33</sup> Véase al respecto el artículo de C.A. Uribe, "Nuestra cultura de la muerte," en Texto y Contexto, No. 13, U. Andes, Bogotá, abril 1989, pág. 53-57. Para vislumbrar una relación

## Aventura y desventura

Pero, ¿qué pudo ocasionar el explosivo auge del negocio coquero, que aterra a tantos analistas y concede preminencia mundial a un país hasta entonces tan apático y aislado? A mi modo de ver casi todos los intentos de explorar el alma colombiana se han quedado atrás de la realidad impuesta por el auge primero cafetero y luego coquero. A causa de su sentido minifundista, fue difícil comprender la radical transformación que el anterior proponía. Y, naturalmente, las condiciones de un mundo martirizado por dos guerras apocalípticas, y por la larga Guerra Fría, no permitirán apreciar en toda su importancia el llamado a la audacia que el café implicaba. Con la excepción de L.E. Nieto Arteta, los intelectuales colombianos menospreciaron el desafío:

“El café [...] impone definitivamente un hombre distinto, una vida histórica diversa [...] La coyuntura favorable para la ampliación de los cultivos de café, desarrolla nuevas tendencias en el hombre colombiano. Tendrá fundamentales preocupaciones económicas —la vida es preocupación—. La ganancia será su objetivo. Será audaz, no retrocederá ante el riesgo, será dinámico. No descansará. No conocerá el ocio, ese ocio de la época colonial.”<sup>34</sup>

Debido, sin duda, a lo modesto de las cifras comprometidas en la apuesta cafetera, se desdeñó su impacto sobre la idiosincrasia nacional; y solamente los más perseverantes creyeron aquel apotegma de que “sembrar mil cafetos significaba asegurar la educación de varias generaciones”. No obstante, la complejidad de la operación y el riesgo consistente en colonizar tierras nuevas y dedicarlas a obtener la mejor calidad, influyeron de tal manera sobre el alma nacional que acabaron haciendo de la monótona vida colombiana de la primera mitad del siglo una camisa de fuerza que no podía oprimir eternamente a las nuevas fuerzas sociales.<sup>35</sup>

---

de tal cultura con La Violencia, y la prolongación de hechos de sangre por venganzas heredadas, véase también de M. V. Uribe Alarcón, *Bipartidismo y Masacres en el Tolima*, Cinep, D. Ocasional 60, Bogotá, Junio 1990.

<sup>34</sup>. Cf. Nieto Arteta, *op. cit.*, pág. 86.

<sup>35</sup>. Debe estudiarse detenidamente las consecuencias sociológicas de la apuesta del café suave. Mientras la productividad por hectárea, por ejemplo, aumentó entre 1970 y 1980 de 47 arrobas a 88.5, durante ese mismo tiempo el área cultivada disminuyó de 1.074.000 hectáreas a 1.009.759. Pero, ¿qué de la conservación de la calidad? Esta tradicionalmente fue inversamente proporcional a aquella, y si se observa tal proceso por regiones, la tecnificación ocurre sobre todo en Antioquia, Caldas y Quindío. Ver de Mariano Arango, *La industria cafetera, evolución y perspectivas* en A. Machado, *Problemas agrarios colombianos*, Siglo XXI, México, 1986, pág. 293. Reflexiónese en la influencia de tal diferencia en el proceso de acumulación capitalista y en el desarrollo de una racionalidad para el trabajo.

## Psicoanálisis de coca y bravura

### Resumen

Usando una analogía entre el psicoanálisis individual y una clínica social, se examina la cultura colombiana. A partir de la imposibilidad de remediar el síntoma social implicado por un grupo colombiano divergente, los *gamines*, representativo del atrevimiento, se dilucidan algunas tendencias culturales integrativas: el respeto a las figuras sacralizadas del saber, o *doctores*, los posibles orígenes emocionales para los partidos liberal y conservador,

la influencia simbólica del derecho y la norma, aspectos de la historia de la tenencia de la tierra y la significación de las luchas campesinas. ¿Es integrador o disociador el atrevimiento? Se examinan también dos estimulantes, café y coca, cuya función económica, nacional y mundial, ha marcado, con diversa significación social, económica y política la homeostasis social de Colombia.

## Psychoanalysis of coke and braveness

### Abstract

*The Colombian culture is examined employing an analogy between the individual psychoanalysis and a social clinic. Beginning with the impossibility of correcting the social symptom implied by a Colombian deviant group, the gamines, representative of boldness, some integrative cultural trends are discerned: the respect for the sacralized images of knowledge, i.e. doctores; the possible emotional origins of the liberal*

*and conservative parties; the symbolic influence of law and norm; some historical aspects of landtenure and the significance of peasant movements. Is boldness integrative or dissociating? Two stimulants, coffe and coke, the economic, national and international function of which has marked, with different social, economic and political overtones the social equilibrium of Colombia are also examined.*